

para identificarse con un compositor de los vuelos de Chopin, necesitase algo más que esa famosa técnica al alcance de todo—no vellocino de oro sino amuleto de oropel—necesítase alma, alma y alma, y ¡vaya si la de Paderewski es grande cuando inunda las salas de conciertos y palpita en los millares de corazones que arrebató!

Han surgido comparaciones que naturalmente habíanse de provocar en estos momentos. Se ha pronunciado el nombre de D'Albert, cuyo recuerdo palpita aún entre nosotros y entre nuestros artistas después de doce años lenta y ventajosamente transcuridos para el Arte en México. Y bien, no tenemos empacho en pronunciar ese respetado nombre á nuestra vez: la clara y deslumbradora luz de un astro no ofusca los reflejos dulces y tranquilos de otro de grandes magnitudes también. D'Albert y Paderewski, son ambos artistas admirables que no hay por qué poner frente á frente toda vez que giran en órbitas distintas. D'Albert es el grande, sublime, excepcional pianista clásico: Paderewski es otro grande y excepcional poeta del piano; un bardo romántico que conquista amores y gana corazones. La garra del león, junto al cutis de rosa de una mujer ideal. . . .

Y si esto no es exacto, si las ovaciones de todos los públicos—inclusive la extraordinaria tributada al pianista polaco por el nuestro—no son

más que aberración y rudos ataques á una verdad ignorada, entonces. . . coloquémos un negro crespón sobre nuestras conciencias, entonémos compungidos el *mea culpa*, contrariémos nuestra emoción, y esperémos, esperémos, que quizás no tarde en surgir el ansiado Mesías. . . .

Marzo 15 de 1900.





CORRESPONDENCIAS MUSICALES

New York, Marzo 25 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

Mis estimados señores y amigos:



EN tiempo y sin tranquilidad suficiente para coordinar mis primeras impresiones y notas musicales, escribo á Vdes. estos renglones que abrirán la serie de correspondencias que ofrecí remitirles. Ruégoles que excusen la brevedad y lacónismo de que haré uso por hoy, en gracia del estado de mi ánimo afectado por emociones de diverso género, entre las que predominan las que atañen á los íntimos afectos del hogar.

Hace dos noches asistí por vez primera á una ejecución de ópera en el teatro Metropolitano, que es considerado aquí como uno de los primeros. Su escenario mide 96 pies de anchura—más ó menos como el de nuestro Teatro Nacional—por 76 de fondo y 127 de altura. Se estrenó en 1883 y su capacidad es de 6,000 localidades, con 122 lujosos palcos que rodean en tres filas el anfiteatro. Su acústica es excelente, el alumbrado profusísimo y su ornamentación severa y sobria.

Como se acostumbra hoy en la mayor parte de los teatros europeos, la sala se oscurece durante la representación con objeto de concentrar la atención en el escenario. Creo que tal precaución, si no supérflua, por lo menos no sería necesaria aquí, adonde el público asiste y escucha con un recogimiento que no se observa en México, ya no digamos en el teatro, pero ni en el templo. No sé, ni puedo juzgar de las aptitudes artísticas del público *yankee*; pero sí puedo garantizar que acude al teatro en pos de un goce intelectual legítimo que se pinta en los rostros, en la actitud decente y moderada de cada cual y en los arranques de entusiasmo, que estallan principalmente en la conclusión de los actos, y en los cuales las señoras toman parte activísima y preponderante. ¿Qué quieren Vdes? Esto, en México, parecería indebido y de mal tono. . . .

La noche á que vengo refiriéndome se puso en escena *Carmen*, interpretada por artistas de pri-

mer orden. Acompáñoles programa de la función, pero no debo dejar sin especial ni calurosa mención á la Calvé, que hace una verdadera creación del papel de Carmen, y al baritono Scotti, que tiene bellísima voz y muy buena escuela de canto. La *Carmen* de la Calvé difiere de cuantas hemos visto en México; es quizás la identificación de la figura soñada por Merimée: sensual, fascinadora, cínica en ocasiones, y llena de detalles admirables que justifican la fama de que goza tan soberbia artista. Los coros robustos—60 á 80 voces más ó menos—muy precisos y afinados, y la orquesta. . . . la orquesta fué para mí la primera revelación de cómo es y debe ser, y de cómo se dirige una orquesta. Se comprenderá que tal diga cuando mencione el nombre del director: Luis Mancinelli . . .

Según nuestros hábitos y según nuestras interpretaciones, podríase decir que la primera impresión que se recibe es la de frialdad en la ejecución y de subordinación de toda expresión á la energía y exactitud del elemento rítmico: bien pronto se desvanece tal impresión y se siente uno subyugado por la unidad admirable de ejecución, de sentimiento y aún de habilidad técnica de los ejecutantes, por la pureza de los timbres de los instrumentos—maderas y trompas especialmente—y por esa cohesión, esa igualdad perfecta que ha nacido de la buena enseñanza y del constante ejercicio del conjunto. La orquesta no está

aquí compuesta de 60 ú 80 instrumentos: es un solo instrumento manejado con autoridad y conciencia por el director.

El sábado 24 asistí al mismo teatro á una función en *matinée*, dedicada á Wagner. Se cantó el *Tristan e Isolde*, por la Nordica, Van Dyck y Eduardo de Retzké, bajo la dirección de Paur, artista de batuta nerviosa, enérgica y buen conocedor de Wagner.

Ya he dicho á Vdes. que no es tiempo de que coordine mis impresiones y dé forma debida á mis notas: estoy deslumbrado y algo ha de tardar mi cerebro en sanar de la sacudida que ha sufrido; no obstante, puedo afirmar en dos palabras que la impresión que experimenté será inolvidable. La Nordica no es de todo mi agrado—ya la hemos escuchado en México—pero Van Dyck es un magnífico artista que dice con la mayor intención, y Retzké, otro intérprete de primer orden, dotado de un órgano vocal privilegiado.

Hablando con franqueza, diré á Vdes. que mi atención se concentró en aquella magnífica orquesta, ennoblecida sin duda alguna, en la ejecución de las obras de Wagner. Parecieronme resaltantes las violas, una arpa deliciosa, cristalina, afinada y ejecutada con grande escrúpulo, los cornos, el clarinete bajo y un corno inglés que, en el *solo* interno del acto tercero, desempe-

ñó con un gusto y una delicadeza que provocaron un murmullo de aprobación en el auditorio.

Al concluir el acto segundo los artistas fueron llamados cuatro veces á la escena y al terminar el tercero fueron objeto de una ovación, principalmente por las señoras, presas á lo que parecía, de un frenesí que no sé si atribuir al efecto de la obra de Wagner ó á la excepcional interpretación. De todas maneras, bueno es hacer constar que aquí Wagner reina cual soberano y que... mal que pese á muchos, su reino se va extendiendo al mundo entero.

Esta noche asistiré á la primera ejecución en América del soberbio Oratorio de César Franck: *Les Béatitudes*, que se verificará en Carnegie Hall. Ya les escribiré á Vdes. algo sobre esa obra en mi próxima, que recibirán de París.

Por ahora concluyo estos breves renglones, y les envío—lo mismo que á mis buenos amigos de México—mis más cariñosos saludos.

Abril 15 de 1900.



CORRESPONDENCIAS MUSICALES

Paris, 15 de Abril de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

DESPUES de un silencio ocasionado por retardos en mi llegada á esta capital y dificultades de orientación, naturales en quien por vez primera pisa tierra extraña, vuelvo á tomar la palabra interrumpida y á reanudar mis correspondencias para la GACETA MUSICAL. No es de mi incumbencia el hablar á sus lectores de impresiones que no tengan origen artístico, y, en tal virtud, debo pasar por alto las que experimenté al penetrar á esta in-